



GAZETA DEL SALTILLO

número 7
año I

tercera época
julio de 2014

ÓRGANO DE DIFUSIÓN DEL ARCHIVO MUNICIPAL DE SALTILLO

NUEVA ZAPALINAMÉ ES UN EDÉN

Jorge Barragán

Todo era un verdadero caos, hasta que empezó a correr el rumor: "...ya supiste que en la Nueva Zapalinamé se ha formado un clima inmejorable, "Nueva Zapalinamé es un edén", "el otro día fui de excursión y me encontré todos los pericos que se fueron de aquí hace años". Como siempre pasa, los más vivos vieron un negocio latente y no tardaron en hacerse de tierras y fraccionar por allá. En la radio se escuchaban jingles: "Si usted extraña el atardecer de ayer, venga a vivir a Nueva Zapalinamé". Como la gente es bien novedosa, no tardaron en irse las primeras familias. Se estableció una corrida de camión permanente, con tres salidas diarias. El negocio de fletes también floreció. Y así, poco a poco, se fueron desprendiendo como pétalos de rosa, las familias de mi Saltillito querido. Para el 2057, dos tercios de la población ya estaba instalada en Nueva Zapalinamé. En esta ocasión se tomaron algunas previsiones. Se instalaron varias plantas tratadoras de agua, los autos de combustible estaban prohibidos y se creó un parque de generadores de electricidad de viento que abastecía a la ciudad. La planeación urbana es

inmejorable, con áreas verdes extensas y edificios departamentales que albergan a la gente sin necesidad de ocupar mucho espacio. El trazo de las calles es acertado. Se cuenta con una ciclo-pista que pasa por toda la urbe y ya están listos los puentes vehiculares que, aunque ahora no se usan mucho, en el futuro resolverán posibles situaciones de caos en el tráfico. El Ayuntamiento, creado por los primeros ciudadanos que llegaron, lleva una supervisión intachable en los permisos de construcción y nos hemos librado de los cinturones de miseria. Desde que Parras de la Uva se convirtió en la capital del Estado, como se veía venir con el declive de Saltillo, nuestra ciudad Nueva Zapalinamé está tranquila. Se han venido a instalar unos franceses, con unas plantas de tecnologías agrícolas y de energías limpias. Ellos mismos recién inauguraron la Université Technologique du New Zapalinamé, con profesores de Francia. El país voltea a vernos como una ciudad con potencial y con visión futura, adelantada a las demás. Y cómo no, si apenas tiene quince años. Todo ha pasado muy rápido.

LAS SEDES DE LA FERIA

Así como las ciudades crecen, también las ferias lo hacen y es necesario buscarles un mejor lugar. La Feria de Saltillo empezó frente al templo de san Esteban, promovida principalmente por los residentes tlaxcaltecas, quienes se habían establecido en el paríán para vender directamente al consumidor las mercancías que producían. En el siglo xx, una vez terminados los conflictos revolucionarios, la feria fue reubicada en la Alameda; después se trasladó a espaldas del Tecnológico; luego, a la Ciudad Deportiva y de ahí a los alrededores del Centro de Convenciones (actual Centro de Gobierno). En estas sucesivas sedes, la feria parece haber seguido, como la aguja de una brújula, el imán de lo taurino, siempre cerca de la plaza de toros o de sus equivalentes más cercanos: un lienzo charro o un estadio de beisbol. Ahora, después de la primera década del siglo xxi, la feria entra en una etapa de decadencia, que coincide con una pérdida de interés en la fiesta brava por parte del público. / *Jesús de León.*



Administración Municipal
2014-2017

PRESIDENTE MUNICIPAL

ISIDRO LÓPEZ VILLARREAL

**SECRETARIO DEL
AYUNTAMIENTO**

MARÍA ALICIA GARCÍA NARRO

TESORERO MUNICIPAL

ADRIÁN ORTIZ GÁMEZ

**DIRECTORA DEL
ARCHIVO MUNICIPAL**

OLIVIA STROZZI GALINDO

EDITOR

JESÚS DE LEÓN MONTALVO



Gazeta del Saltillo tiene los derechos reservados sobre los materiales que aparecen en sus páginas. Se aceptan colaboraciones, sujetas a revisión. La correspondencia deberá enviarse a Gazeta del Saltillo, Juárez y Leona Vicario, C.P. 25000, Tel. 414-43-70, Fax.4 14-02-84. Saltillo, Coahuila, México. Correo electrónico: gazeta delsaltillo@yahoo.com.mx Abreviaturas usadas: AMS.- Archivo Municipal de Saltillo, AC.- Actas de Cabildo, c.- Caja, e.- Expediente, L.- Libro, f.- Foja, A y D.- Adquisiciones y Donaciones, T.- Testamentos, PM.- Presidencia Municipal, P.- Protocolos, PO.- Periódico Oficial. Publicación gratuita. Certificado de licitud de título No. 5898. Certificado de licitud de contenido No. 4563. Visítenos en <http://www.archivomunicipaldesaltillo.gob.mx> Diagramación: Sandra de la Cruz González. Responsable de la publicación por internet: Iván Vartan Muñoz Cotera.

CARRANZA A TRAVÉS DE TRES AUTORES

Juana Gabriela Román Jáquez

En la conmemoración del centenario de la Convención de Aguascalientes es fundamental reflexionar sobre la actuación de Venustiano Carranza y el constitucionalismo durante el período conocido como la Revolución Mexicana. La convención revolucionaria de 1914 fue un ensayo de democracia que fracasó y lo que se logró fue la división y pugna entre los diferentes grupos que se habían unido para derrotar al gobierno ilegítimo encabezado por el general Victoriano Huerta y un grupo de empresarios porfiristas apoyados por el embajador de los Estados Unidos en México.

Carranza y su grupo lograron derrotar militarmente a Francisco Villa y Emiliano Zapata pero con la promulgación de la nueva Constitución en 1917 culminó el triunfo político de los constitucionalistas. Sin embargo, la sucesión presidencial en 1920 se convirtió en el talón de Aquiles del nuevo régimen. Carranza, convencido de que México había vuelto al camino del estado de derecho y no era necesario que los militares gobernaran al país, propuso al ingeniero Bonillas como el candidato del partido civilista, pero esto fue un riesgo demasiado peligroso para el presidente Carranza. Alan Knight en su libro *La Revolución Mexicana* afirma que el gran problema de los presidentes mexicanos, hasta la segunda mitad del siglo xx, fue su afán de trascender su período de gobierno imponiendo un candidato oficial. El primero que lo hizo fue Carranza.

Para este artículo se eligieron los textos de Alfredo Breceda, Miguel Alessio Robles y el general Antonio I. Villarreal, norteños y cercanos a Carranza durante el periodo entre

1913 y 1917. Posteriormente todos ellos tomaron posturas diferentes ante la candidatura oficial del ingeniero Bonillas.

Para finales de 1919, ya era evidente la oposición que existía entre un buen número de generales revolucionarios encabezado por el general Álvaro Obregón. Para la primavera de 1920, el gobierno de Carranza estaba a punto de terminar. Sólo que nadie imaginó entonces la tragedia del Tlaxcalantongo y cómo el hombre que había encabezado la lucha contra el gobierno huertista moriría en un sitio lejano de la sierra de Puebla.

En las siguientes semanas después de su asesinato, apareció una serie de textos, que se extendió a lo largo de 1920, donde los opositores pero también los seguidores del presidente definieron su postura sobre el gobierno de Carranza. Para nosotros, se han convertido en una fuente fundamental para conocer y comprender el actuar de este gran coahuilense.

Ante esto, Alfredo Breceda publicó un libro titulado *México Revolucionario* en dos tomos; el primero, en Madrid ese mismo año de 1920; y el segundo, en 1941, cuando regresó del exilio, como muchos seguidores de Carranza, bajo el ambiente de reconciliación que promovió el general Lázaro Cárdenas. Sin embargo, en un ejemplar de *México Revolucionario*, segundo tomo, Vito Alessio Robles anotó el 22 de diciembre de 1941: "este tomo tampoco fue escrito por Alfredo Breceda, cuasi analfabeto. Su autor fue Manuel Ortigosa... oficial que estuvo en la campaña del Yaqui



Pase a la página 3

CARRANZA A TRAVÉS DE TRES AUTORES

Viene de la página 2



en la época porfiriana... Ortigosa era un poeta y tenía conocimientos militares. Breceda es un ignorante enteramente lego en asuntos militares. Es un general sin Batallas”.

Este párrafo muestra las fuertes pasiones que aún, después de tres décadas, suscitaba la revolución entre sus participantes principales.

Pero Breceda, en el primer tomo de su *México Revolucionario* comenta cómo los gobernadores y no sólo los generales triunfadores fomentaron la oposición a Carranza; cita específicamente el caso del general Antonio I. Villarreal, gobernador de Nuevo León: “muchos de ellos se convirtieron en elementos agresivos hacia la primera jefatura, como el general Antonio I. Villarreal, que transformó en cacicazgo el gobierno de Nuevo León”.

Hay que recordar que Villarreal se convirtió en uno de los grandes opositores a Carranza cuando supo de la candidatura de Bonillas. Así, en un libro editado por José Vasconcelos titulado *La caída de Carranza*, en el que participaron Álvaro Obregón, Villarreal, González Martínez y Miguel Alessio Robles, aparecen diversos textos donde se destruye la figura del presidente Carranza.

Villarreal afirma que la postura de Carranza llevaría a México a una nueva guerra, ya que la mayoría de los gobernadores no apoyan al candidato Bonillas. Y termina: “Os juzgais en vuestras ciudadelas al abrigo de la desgracia; pero ¿no he visto yo caer dos tiranos? El tercero es el que ahora manda. También a él he de verle caer rápidamente e ignominiosamente”. Para Villarreal, la doctrina Carranza era la sumisión incondicional; afirma: “llamaba lealtad al servilismo; traición a cualquier gesto de altivez”.

Mientras Miguel Alessio Robles afirmaba en este mismo libro: “La República quiere que con el actual Presidente caiga, para no levantarse

nunca, un sistema de gobierno que sólo engendra tiranos”. “Con cuanta verdad decía el ciudadano Obregón que las revoluciones las provocan los gobiernos despóticos que se resisten a escuchar las demandas legítimas de los pueblos”. “Vamos, pues con toda sinceridad, a predicar por todas partes que a la República conviene la transmisión pacífica del Poder; y que es indispensable sentar de una vez por todas el sagrado precedente de que el jefe de la Nación debe retirarse a la vida privada el mismo día que termine su período presidencial, cualquiera que sean los conflictos interiores o exteriores que aflijan a la Patria”. Muchos años después, la opinión de Miguel Alessio Robles sobre Carranza es tan distinta en su libro *Historia Política de la Revolución Mexicana*, donde el ex presidente era definido por Alessio Robles como: “su gallarda actitud asumida la inolvidable noche del 18 de febrero de 1913, desconociendo al gobierno usurpador de Victoriano Huerta. Esa actitud nunca la empañó con un acto de debilidad o cobardía. Esa actitud no se compara con

nada en el mundo. Se conquista con el valor, con la entereza, con la vergüenza, con el decoro, con la honradez, con la dignidad, con la energía, con la virtud, con el patriotismo, con el carácter. Todas esas virtudes las heredó Carranza de su madre, una mujer coahuilense, que inculcó en su corazón desde niño el amor a su Patria”.

Para concluir, esta frase de Alfredo Breceda es quizá más acertada para recordar al presidente Carranza: “sería el único gobernador que se levantaría en armas para lanzarse a la gloriosa aventura de restaurar el orden constitucional. En efecto Carranza, loco como lo juzgaron algunos; cuerdo, como lo ponderó la historia, fue el único que empuñó la bandera de la legalidad”.

Bibliografía

Alessio Robles, Miguel, *Historia Política de la Revolución Mexicana*, Gobierno de Coahuila, 2008; Breceda, Alfredo, *México Revolucionario*, Tomo I, Madrid, 1920; Breceda, Alfredo, *México Revolucionario*, Tomo II, México, 1941; Knight, Alan, *La Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008; Vasconcelos, José, *La caída de Carranza*, México, 1920.

AVISO IMPORTANTE

Las opiniones expuestas en la Gazeta del Saltillo son responsabilidad única y exclusiva de los autores y no reflejan necesariamente la visión que sobre los temas tratados tiene el Archivo Municipal o sustentan las autoridades en funciones del municipio de Saltillo.

La Gazeta es una publicación plural, respetuosa tanto del trabajo que hacen quienes se dedican a la historiografía como de las personas que amablemente frecuentan sus páginas. Por lo tanto estamos abiertos a cualquier comentario, sugerencia, crítica o enmienda que desee aportarse con respecto a los materiales publicados.

Cuando lo consideremos necesario publicaremos las aportaciones que quieran hacernos por escrito, siempre que mantengan el tono de respeto tanto hacia nuestros colaboradores como hacia nuestros lectores y demuestren un sincero afán de hacer una aportación útil al tema o problema en cuestión.

En el directorio se encuentran el domicilio y el correo electrónico a los que pueden dirigir sus observaciones.

De antemano les damos las gracias. / EL EDITOR

LA VERDAD SOBRE EL DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS

Carlos Manuel Valdés Dávila

Los norteamericanos pretenden que su historia arranca cuando llega el Mayflower a Virginia transportando a los Padres Peregrinos a bordo. Llegan con pocos recursos alimenticios y los indios chipewas, me parece, les ofrecen comida: pavos, maíz y calabazas. Es noviembre y hace frío. Este hecho, que podría ser algo banal, es transformado en un mito fundacional y surge de él la fiesta más importante de los Estados Unidos de América: el Día de Acción de Gracias.

Este día los tres comestibles que no deben faltar son el pavo, el pan de maíz y un pastel de calabaza. Hay una referencia a la acogida que les dieron los indígenas, a la primera alianza entre ambas sociedades y a la referencia hacia el Dios de Israel, a quien agradecen. En segundo lugar, el apelativo “Padres Peregrinos” es importante porque se refiere a un evidente dominio del varón, a un patriarcado. Es, así mismo, referencia a la creación de una patria, ya que este término deriva de pater. Puesto que se trata de cristianos protestantes, que se han separado del ala luterana y de la anglicana, se han granjeado muchos enemigos en Inglaterra y allá no caben. Su ida al Nuevo Mundo tiene mucho de fuga, de aventura y de intolerancia respecto a otras opciones entre todas las que tienen a Jesucristo como el centro de sus creencias. No hay referencia a la paternidad, que derivaría de parens o genitor, sino a patrón, potestad y patria (el lugar del padre). Entre ellos todavía no hay lugar para las mujeres si no es como amas de casa.

El segundo epíteto “peregrinos” indica que llegaron buscando un lugar lejos del suyo. Veamos la etimología de la palabra. Si lo tomamos como adverbio latino, *peregrini* significa “en el extranjero” y si como verbo *pereger* indica al “que viaja, que está lejos”. Hasta aquí podemos tomar el relato fundacional como hermoso y aceptable. Pero algo anda mal en ese mito construido para que una sociedad tenga un inicio y obtenga una identidad. En el mito los indios fueron nada más y únicamente una parte del paisaje y un personaje complementario para que la tradición fuese coherente. ¿Dónde quedaron los aborígenes en la acción de gracias?

Interesante, pero no se insiste mucho en que aquellos les dieron su comida y, de alguna manera, salvaron sus vidas. Tampoco que compartieron lo que tenían con unos desconocidos de la manera más gra-

tuita y generosa que sea posible, como si fueran discípulos del Jesucristo en que ellos creían y que definió, en Mateo 25, lo que espera de sus discípulos.

Señalemos, como algo de suma importancia, que aunque eran indios cazadores, recolectores y pescadores, también eran agricultores; de ahí que tuvieran productos como el maíz y también pavos domesticados. Ambas ocupaciones implican una tradición de siglos como semisedentarios. ¿Por qué es importante lo anterior? Porque significa que tenían tierras abiertas al cultivo en medio de los grandes bosques en que habitaban.

Muy pronto los puritanos iniciaron el ataque: requerían de tierras para producir trigo y crear establos para sus vacas. La tentación fue enorme. Empezaron a invadir terrenos agrícolas suscitando, de inmediato, la animadversión indígena. Pronto hubo enfrentamientos y las armas de fuego salieron a relucir matando a los chipewas.

La historia americana tiene documentos históricos que dicen cómo nació su patria. Asombra, sin embargo, que la vida de los indígenas no haya sido integrada a la narración más que como accesorio. Parecería que podría ser al contrario: los indios como anfitriones y los europeos como comensales. Pero el texto, que establece la manera como dio inicio la patria americana, tiene otros elementos que consideran ser más importantes que los aborígenes. También olvidaron las masacres subsiguientes. Los documentos se olvidaron, se malinterpretaron. Así es que los Peregrinos crearon su país de la nada.

Agrego que existen manuscritos en los que aparecen pronto los temas que serán recurrentes: el salvajismo indio y su inmoralidad, a la vez que el regalo que Dios les dio: la Nueva Tierra. Nada está más alejado del indio que la Biblia. Luego, para apropiarse de toda la región, iniciarían las masacres como, por ejemplo, el enviarle a una comunidad india, como prueba de amistad, un saco de harina en que previamente se hizo escupir a un enfermo de viruela. ¡La tribu entera desapareció!

La casualidad quiso que en esos primeros años tuvieran lugar dos inviernos muy crudos y murieron de hambre y frío bastantes ingleses. Este dato



Pase a la página 5

LO QUE VERÉIS DE SALTILLO

Hildebrando Siller

Habréis de asistir al nacer de las villas y ciudades: la fundación de Santiago del Saltillo, el burgo colonial y austero cuya Catedral ostenta en la belleza de su arquitectura, como una plegaria de piedra; ciudad guerrera y militar, muy luego centro de mercaderes y de industriales, emporio de ferias y festivales, en que a la postre, se convertiría en santuario de las letras y las ciencias. Y la de Parras, la austera y elegante villa de Santa María, donde los monjes franciscanos donaron a las campiñas el esmeralda de los viñedos pródigos; y Monclova, en cuyo recinto había de albergarse, un siglo después, la procesión desolada de los Padres de la Patria que emprendían ascensión gloriosísima hacia el cadalso...

Contemplad las figuras próceres del coloniaje: hidalgos de altivo porte y ademán dominador; frailes purificados por las virtudes de la piedad y el perdón; guerreros de férreas cotas y pesadas lanzas; togados y oidores graves, empalidecidos por la ambición; bachilleres y estudiantes pletóricos de ingenio y añejo buen humor castizo. Todos forman parte del alma de nacionalidad; y también los hombres de bronce, los de la fabla musical, del vigor indómito, fatalistas y orgullos, sensuales como sus abuelos los Incas, y supersticiosos como su Emperador magní-

fico: aztecas dúctiles y finos, mexica-membrudos y ásperos, tlaxcaltecas enérgicos y viriles...

Acudid al desfile pintoresco de aquellos varones: los que fundaron pueblos y villas; los que iniciaron empresas de poderío y de independencia; los que levantaron fábricas de piedad y religión; los que gobernaron y combatieron para dar vida al árbol de nuestra raza, cuyas raíces alientan en el pasado legendario, al cual debemos asomarnos devotamente, para fortificar nuestros amores y enaltecer nuestros blasones. El noble Don Francisco de Urdiñola, el caballero de las audaces hazañas; aquel Don Santos Rojo, casado con Doña Beatriz de las Ruelas, dama de peregrina belleza, piadosa y discreta; los intrépidos capitanes Alonso de León, Francisco de Ibarra, Juan de Tolosa y Antonio Balcarcel Rivadeneira Sotomayor; los frailes evangelizantes Waldo Cortez, Gavira y Zalduendo; y aquel otro eminentísimo patriota, torturado por la causa liberal, Don Miguel Ramos Arizpe; políticos tan austeros como Don Melchor Múzquiz, Don Agustín de Viesca y Montes, y tantos otros que alentaron vidas ilustres consagradas por la fama.

Tomado del prólogo que escribió Hildebrando Siller para el libro *Monografía histórica de la ciudad de Saltillo*, Imprenta y Litografía Americana, Monterrey, N. L., 1922, pp. II-III

¿QUIERE USTED SABER MÁS?
CONSULTE NUESTRA PÁGINA

[www.archivomunicipal
desaltillo.gob.mx](http://www.archivomunicipal
desaltillo.gob.mx)

LA VERDAD SOBRE EL DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS

Viene de la página 4



no sería de importancia si no se hubiera descubierto recientemente, en 2013, bajo las ruinas de aquellas primeras viviendas de los padres peregrinos, huesos humanos. Y, ¡oh sorpresa!, en varios huesos había pruebas de que se les cortó y rostizó. ¡Habían sido objeto de canibalismo! De los primeros estudios surgió la identidad de la persona: joven adolescente inglesa. Y las marcas de instrumentos de fierro y bronce, eran

tan claras que no dejaron lugar a dudas: la joven murió de frío y la comieron algunos ingleses en uno de los terribles inviernos de la década de 1620.

Los huesos fueron el documento que echó abajo los documentos de archivo. Así que hay que reconsiderar el mito fundacional americano en su conjunto y recrear esa relación puritanos-indios para descubrir la barbarie.

LA SORDA PUGNA

José Vasconcelos

Durante mucho tiempo, el tono social lo dio Piedras Negras. Nuestra superioridad era notoria en el refinamiento de las maneras y el brillo de las fiestas patrióticas, carnavales y batallas de flores en primavera. Pero, gradualmente, Eagle Pass adelantaba. Casi de la noche a la mañana se erguían edificios de cuatro y cinco pisos, se asfaltaban avenidas. Entre tanto, Piedras Negras entregábase a las conmemoraciones y holgorios sobre el basurero de las calles y las ruinas de una construcción urbana elemental. Inseguros del mañana, olvidados del ayer, los nuestros derrochaban con desprecio de la previsión, indiferentes aun al aseo. En cambio, Eagle Pass se pulía y hermooseaba tal y como las bellas rubias que recorrían nuestras calles abandonadas, manejando ellas mismas las riendas del caballo de sus buggies de luciente barniz. Y empezó a estar de moda vestirse en las tiendas del otro lado. Resultaba también más económico que encargar las ropas a México. Y a medida que las mesas de comidas de la Plaza del Cabrito se iban quedando solas, en Eagle Pass se abrían restaurantes de manteles blancos y vajillas plateadas.

Antiguamente, las tabernas del pueblo servían a la clientela sendos vasos de vino tinto, extraídos de barricas procedentes de España y de Francia, por Galveston. En los hogares se bebía los vinos blancos de Burdeos. Pronto venció, sin embargo, la cerveza. Cantinas o bares, mostradores de caoba, espejos biselados, fina cristalería, hielo picado y brebajes de mezclas bárbaras, whiskies y bocks. Al principio, el gusto educado les hacía un gesto; preferían los nuestros el buen madera, el oporto o jerez. Pero la baratura y la abundancia, la facilidad para obtener el *cocktail*, los obsequios de vasos a propósito para la cerveza, la complicidad del calor, todo concurría a la derrota del vino. Pronto, aun en los hogares, iniciada la comida, aparecía la criada que, de vuela de la esquina, traía la jarra de cristal rebosante de espumas, exudadas por el frío de un líquido que parece oro y que sabe a comimiento sin endulzar.

En la escuela se observaba el desarrollo urbano de las dos ciudades vecinas. En la distribución

de las tareas de clase de Geografía me tocó levantar el plano de Piedras Negras. Observé, con este motivo, mi pueblo en la amplitud y en el detalle. Visto desde Eagle Pass, luce ventajosamente, asentado sobre el más alto barranco de la margen meridional del río. Sobre las arboledas de mezquites asoman tejavanes y azoteas, molinos de viento de las norias. A la izquierda, las chimeneas siempre humeantes de la Maestranza prolongan el panorama del otro lado del puente del ferrocarril. Este puente y el de los peatones limitan casi la extensión urbana. Por la derecha, unos cuantos solares con cercas de madera o tapial invaden la vega. El talud arcilloso se desgaja a trechos y descubre cuevas o en otro sentido "bajadas", que todavía utilizan aguadores con sus burros y que antes de los puentes eran como calles hacia la ribera. Tal recuerdo el conjunto; pero mi tarea me obligó a trazar las avenidas y los cuadros de casas.

Entrando por el puente de a pie, salvadas las garitas aduanales, hallábase a la derecha la casa de los Riddle. Un solo cuerpo blanqueado, anchas ventanas, y mirando al río, un tejadillo con barandal de madera. Constituía aquel mirador sitio privilegiado para contemplar las avenidas. Los Riddle, familia bilingüe, padre tejano, madre mexicana, eran gente afable, que invitaba a los vecinos al espectáculo de la estación otoñal si el máximo de la creciente coincidía con el atardecer. Marqué, pues, sobre mi plano, después de trazar la línea del río, el talud y los dos puentes y como primera indicación urbana: *Riddle's home*. Media cuadra adelante señalé mi esquina, con la administración del Timbre al lado. Luego, el rectángulo del jardín municipal, con el Cuartel y el Municipio, y enfrente la iglesia; en la misma acera de ésta y sobre la avenida principal, un caserón en ruinas, de techo apizarrado, de dos aguas, muros desportillados y ventanas sin vidrieras. Lo llamaban "la casa de los murciélagos", porque los vomitaba revoloteando cada atardecer.

El costado izquierdo de la plaza no lo advertía nadie; lo encubrían los chopos del jardín, y



Pase a la página 7

LA SORDA PUGNA

Viene de la página 6



quedaba separado del tráfico. Sin embargo, había allí entre otros comercios una joyería. En mi plano asenté únicamente esa palabra. En realidad, aquella casa me evocaba una emoción confusa. Cediendo a la costumbre norteamericana de hacer trabajar a los jóvenes en comercio o en oficio durante el período de vacaciones, mi padre me había puesto un mes como ayudante gratuito de aquel su amigo joyero. Me ocupaba de clasificar, por tamaños, las argollas de oro para matrimonios o en sacar brillo al chapeado de los relojes con la gamuza amarilla. Con frecuencia, tras de un simulacro de faena, se me mandaba a jugar con los hijos del patrón, por las habitaciones y el patio. Cierta día, al recoger un trompo que entre todos hacíamos bailar, mis ojos se quedaron atónitos. Sentada en la alfombra del suelo, componía la señora su máquina de costura. Levantaba la pierna sobre el pedal y mostraba, no obstante las finas ropas, la parte más delicada y secreta de su belleza rubia, judía y juvenil. A pesar de una ignorancia cabal aún, semejante visión me produjo desconcierto y sobresalto ardiente.

Al trabajar sobre mi plano la imagen se encendía y de haber dejado libre la voz de la sinceridad, en lugar del letrero “Joyería”, que acababa de anotar, hubiera escrito: “Misterio maravilloso”.

En aquel comercio adquirió mi padre un reloj de mesa. Peana larga de metal barnizado de negro, y encima la carátula de un semicilindro bronceado. Al otro extremo una mujer de metal dorado: cabeza griega, hombros desnudos, pechos firmes. Pegado al talle, un manto le ciñe la cintura y baja cubriendo los muslos en posición sedente; una pierna recogida apoya unas tablas; la otra luce el torneo de una pantorrilla suntuosa. Sostiene la mano izquierda el borde superior del libro abierto, y la otra mano, caída, tiene un lápiz en espera de las órdenes de la mente que lo hará escribir. Era la ciencia, decían en casa, y su frente despejada contagiaba la serenidad; pero los muslos, aun siendo de bronce, recordaban los de la judía.

Decididamente, era cosa pobre el plano en que trabajaba. Un árido conjunto de líneas y letras, inepto para sugerir lo mejor de cada sitio: como jaula sin pájaros se veía cada manzana del trazo.

Calle del Comercio, creo que se llamaba toda la avenida larga que parte de la iglesia y remata en la estación del ferrocarril. A cierta altura la Plaza del Comercio se engalanaba con la tienda de ropa de los Miranda, veracruzanos, bien traheados y afables, y con almacenes de maquinaria agrícola, bares de mexicanos y de yanquis. Cerraba el costado opuesto la tienda de ultramarinos Trueba Hermanos, rica en sardinas en lata, pasas y almendras, aceitunas y vinos generosos. Después de la Plaza del Comercio seguían calles con tiendas y tendajos y hospederías. Ya en su extremo, la avenida se ensanchaba. De un lado a la derecha, el edificio de la Aduana, circundado de su jardincillo; enfrente un doble piso de madera pintada de rojo con portalillos, el hotel Internacional. Al fondo, el tejamanil de la modestísima estación del ferrocarril. Detrás los talleres, los almacenes de la Aduana, la pequeña urbe de la Maestranza.

Muchas horas me tomó el plano, pero al fin lo vi limpio y ampliado con noticias suburbanas como el Cementerio y el camino de la Villita al sudoeste. Lo contemplaba ya listo para ser desprendido del restirador y no me complacía. Por instinto repudiaba mi obra como un caso de falsificación de la realidad: la falsificaba por causa de la abstracción y las matemáticas. Acaso la más deshonesto y petulante de todas las falsificaciones que perpetra el ingenio. En vez de pintar la vida del pueblo y proyectar su alegría, yo fijaba las perogrulladas de un trazo que da cuenta del número y la extensión del alineamiento urbano.

Quedaba fuera, ya no digo lo esencial; también el detalle amable. La realidad pintoresca, el calor y el olor, todo era sacrificado, convertido en perfil y traicionado. Una pueril abstracción de la realidad, eso era la geometría.

EL ÚLTIMO TRAGO

PRÓLOGO A LA EDICIÓN FRANCESA DE “BAJO EL VOLCÁN” (1949)

[FRAGMENTO]

Malcolm Lowry

En 1945 mi libro recibió por parte de una firma inglesa una acogida muy poco entusiasta. A pesar de que mi obra fue considerada por los editores como “importante e íntegra”, se me sugerían grandes correcciones que yo me resistí a llevar a cabo. Se me aconsejaba, entre otras cosas, suprimir dos o tres personajes, reducir a seis los doce capítulos, cambiar el tema por ser demasiado parecido al de *Poison*; en una palabra, que echase el libro por la ventana y escribiese otro. Puesto que ahora tengo el honor de ser incluso traducido al francés, quiero resumir aquí mi carta de respuesta a mi editor y amigo de Londres.

En cuanto a *Bajo el volcán*, mi intención no me parecía oscura al principio, pero fue haciéndose más y más oscura a lo largo de los años que siguieron. Y por cierto, mi intención no fue jamás la de escribir un libro pesado. Pero, desde el momento en que mi libro aburrí a un lector profesional, me pareció conveniente contestar a las observaciones de ese lector.

“Muy señor mío”, escribí, “le agradezco su carta del 29 de noviembre de 1945, que no me ha llegado hasta la víspera del Año Nuevo y que además me ha llegado aquí, a México donde, por pura casualidad, vivo en la torre que me sirvió de modelo para la casa de uno de mis personajes”.

Sospechando que el hecho de que el principio del *Volcán* pareciese o no pesado dependía del estado de ánimo del lector y de su preparación para captar la intención del autor, sugería a continuación y sin duda como último recurso, que un buen prólogo podría neutralizar las reacciones previstas por mi lector profesional: “Si usted me dijese que un buen vino no necesita publicidad, le respondería quizá que yo no hablo de vino sino de mezcal y que, además de la publicidad, el mezcal necesita ser acompañado de sal y limón. El prólogo que le propongo, debería aportar un poco de limón y sal”.

Escribí así una carta de cerca de 20 mil palabras. Y puesto que, para mi lector, el principal culpable parecía ser el primer capítulo, me dediqué a analizar ese largo primer capítulo, que de hecho establece todos los temas y contratemas del libro y que da el tono y pulsa los acordes de toda la simbología empleada.

El relato, explicaba, se abre el Día de Muertos, en noviembre de 1939, en un hotel llamado Casino de la Selva. “Selva” significa “Bosque” y quizá no sea inútil mencionar que el libro fue concebido al principio so-

bre el sempiterno modelo de *Almas muertas* de Gogol y como la primera parte de una especie de *Divina comedia* ebria. El tema del bosque sombrío, indicado aún otra vez en el capítulo 7, cuando el cónsul entra en una lúgubre cantina llamada El Bosque, se resuelve en el capítulo 12, aquel que relata la muerte de la heroína, donde el bosque se convierte en realidad y fatalidad.

Ese primer capítulo está visto a través de un francés, Jacques Laruelle, productor de cine. El capítulo describe el terreno y establece el ritmo lento, melancólico y trágico de México, de ese México lugar de encuentro de distintas razas, antigua arena de conflictos políticos y sociales donde, como Waldo Frank, según creo, lo ha mostrado, un pueblo colorista y genial cultiva una religión que se puede considerar una religión de la muerte.

Después de dejar el Casino de la Selva, Jacques Laruelle se encuentra frente a la barranca, que juega un gran papel en la historia y que es también el precipicio, ese maldito abismo que se abre en la actualidad ante todo hombre honesto.

El capítulo termina en otra cantina, donde la gente se refugia a causa de una tormenta intempestiva, mientras en otros lugares, en el resto del mundo, la gente corre hacia los refugios antiaéreos y en la cantina se apagan las luces, del mismo modo que se apagan en el resto del mundo. Afuera, en esa noche de tormenta, se mueve la rueda luminosa...

Esta rueda es la noria de la feria que se levanta en el centro de la plaza, pero es también, si se quiere, muchas otras cosas: la rueda de la luz, la rueda de Buda y es también la eternidad, el símbolo del eterno retorno. Esta rueda, que representa la forma misma del libro, puede ser considerada también y de una manera evidentemente cinematográfica, como la rueda del Tiempo, que se mueve en sentido inverso, hasta que nos sitúa en el año precedente. En efecto, al principio del segundo capítulo volvemos a encontrarnos en el Día de Muertos, pero del año anterior, en noviembre de 1938.

Después intentaba insinuar modestamente que mi pequeña obra me parecía más densa, más profunda y, sobre todo, compuesta y ejecutada con mucho más cuidado de lo que mi editor inglés podía sospechar y que, si sus muchos planos de significación habían escapado al lector o si éste había juzgado carentes de in-



Pase a la página 9



terés aquellos que afloran a la superficie del relato, ello podía deberse, por lo menos en parte, a lo que en mí era quizás una cualidad más que un defecto: en realidad el nivel superior del libro había sido dibujado tan minuciosamente que el lector ya no deseaba tomarse el trabajo de detenerse a profundizar en lo que había bajo la superficie.

Añadía a continuación: “Desde el momento en que suplico que se relea el *Volcán* a la luz de algunos de sus aspectos que quizá le han pasado inadvertidos y sin constituirme en modo alguno en defensor de cada uno de sus párrafos, haré bien en confesar que, a mi juicio, el principal defecto del libro, del que nacen todos los demás, reside en algo que es irremediable: el contenido espiritual del libro es subjetivo más que objetivo, más propio de un poeta que de un novelista y es un contenido muy difícil de llevar a término. Por otra parte, los poemas requirieron ser leídos varias veces antes de que su sentido se revele y precisamente es esto lo que no se ha tenido en cuenta”.

Reclamaba a continuación un examen más serio del contenido y preguntaba en qué se había basado el lector para juzgar mi obra demasiado larga e insinuaba que su reacción podría ser diferente después de una segunda lectura.

El libro se compone de doce capítulos y el cuerpo del relato está contenido en una jornada de doce horas. Del mismo modo, hay doce meses en un año, mientras que ese estrato profundo de la novela o del poema que lo remite al mito nos lleva aquí a la Cábala judía, donde el número doce es de la más alta importancia. El árbol de la vida, su emblema, es una especie de complicadísima escala cuyo punto más alto se denomina *kether* o luz, mientras que un abismo se abre en alguna parte, hacia la mitad. El dominio espiritual del cónsul es probablemente el *Qliphoth*, el mundo de los detritus y de los demonios, representado por un árbol de la vida invertido y dirigido por Belcebú, el dios de las moscas. En la Cábala judía, el abuso de los poderes mágicos se compara a la ebriedad o abuso del vino y se expresa, si no recuerdo mal, por la palabra hebrea *sod*. William James, si no Freud, podría estar de acuerdo conmigo cuando afirmo que las agonías del borracho encuentran su más exacto paralelo en las agonías del místico que ha abusado de sus poderes.

En mi novela, el cónsul mezcla todo esto de una forma magníficamente ebria: en México el mezcal es una bebida terriblemente fuerte, pero se puede obtener en cualquier cantina con más facilidad, si se me permite

decirlo, que el whisky escocés en una taberna del Barrio Latino. (Dicho sea de paso, me doy cuenta de que estoy metiéndome con el mezcal y el tequila, que son dos bebidas que me gustan mucho, y por ello debiera quizá presentar excusas al gobierno mexicano.) Pero el mezcal es también una droga que se toma bajo la forma de mezcalina y la trascendencia de sus efectos es una de las pruebas bien conocidas de los ocultistas. Al parecer, el cónsul llega a confundir los dos estados y, después de todo, quizá no se equivoque demasiado.

“No renuncio al número doce”, añadía a continuación. “Es como si oyese sonar un reloj que lentamente diese las doce campanadas de medianoche para Fausto y, cuando pienso en la lenta progresión de los capítulos, pienso que doce, ni uno más ni uno menos, es el número que podría satisfacerme. Por lo demás, el libro se sitúa en diversos planos. Mi intención ha sido la de clarificar en la medida de lo posible aquello que, al principio, se me presentaba de una manera complicada y esotérica. Puede ser considerada como una especie de sinfonía, como una ópera o como una película de vaqueros. Yo quise hacer música hot, un poema, una canción, una tragedia, una comedia, una farsa y así sucesivamente. Es superficial, profunda, distraída, pesada, según los gustos. Es una profecía, una advertencia política, un criptograma, una película cómica, un absurdo, una frase sobre el muro. Puede ser considerada como una especie de máquina: funciona, puede creerlo, lo he descubierto a costa mía. Y en el caso de que usted sospechase que he hecho cualquier cosa salvo una novela, le contestaría que, a fin de cuentas, mi intención fue la de escribir una verdadera novela, de hecho una novela endiabladamente seria”.

En una palabra, hice terribles esfuerzos por explicar la idea que yo tenía de mi infortunado volumen y libré una batalla considerable para que *Bajo el volcán* quedase tal como estaba, tal como a continuación se imprimió, tal como aparece hoy para mis lectores franceses.

Después de este largo prólogo, mi querido lector francés, quizá lo honesto sería confesarte que la idea cara a mi corazón fue la de hacer, en su género, una especie de obra de pionero y escribir al fin la auténtica historia de un borracho. No sé si lo he conseguido. Y ahora, amigo mío, continúa, te lo ruego, tu paseo a lo largo del Sena. Y vuelve a dejar el libro en la caja del bouquiniste [*librero de viejo*] de 100 francos donde lo has encontrado.

MEDIO SIGLO DE “BAJO EL VOLCÁN”

Sergio Cordero

“México... donde un pueblo colorista y genial cultiva una religión que se puede considerar una religión de la muerte.”
—Malcolm Lowry, prólogo a la edición francesa (1949)

La novela *Bajo el volcán* (*Under the Volcano*) de Malcolm Lowry (Inglaterra, 1909-1957) cumple 50 años de haberse publicado por primera vez en México. Muchos autores extranjeros (no sólo literatos, también científicos, militares, historiadores, antropólogos y, por supuesto, arqueólogos) han tomado a nuestro país como tema de sus libros, pero Lowry ha sido de todos ellos quien mejor logró comprendernos, quien logró calar más a fondo en nuestra idiosincrasia y quien más plenamente supo expresarla en una ficción literaria. Para lograr semejante hazaña, no se valió de una expedición, ni de una invasión, ni de una investigación documental, ni de un trabajo de campo, ni mucho menos de una excavación, sino de su propio alcoholismo. Ése fue el lazarillo que lo llevó por las cantinas y las calles de Cuernavaca. Su extraordinario talento contó con la ayuda de dos buenos amigos: el tequila y el mezcal.

Gracias a Sergio Pitol,¹ ahora tenemos acceso a la extensa carta que Lowry le dirigió a Jonathan Cape, primer editor de la novela, fechada en Cuernavaca el 2 de enero de 1946 y escrita en la misma torre que sirvió de modelo para la casa de uno de los personajes y donde también el protagonista recibió, como el autor, su correspondencia con retraso. Lowry le escribió a Cape para defender firmemente su novela de los grandes cambios que el dictaminador de la editorial había sugerido: “Se me aconsejaba, entre otras cosas, suprimir dos o tres personajes, reducir a seis los doce capítulos, cambiar el tema por ser demasiado parecido a *Poison*; en una palabra, que echase el libro por la ventana y escribiese otro”, se quejó el novelista en el prólogo a la edición francesa.²

Lowry, quien había empezado la novela en 1934 y la reescribió por lo menos en tres ocasiones, insistió en que *Bajo el volcán* debía publicar-

se tal y como él la había entregado, acaso con el añadido de un prólogo que aportara cierto estímulo a lectores renuentes o desatentos como su dictaminador: “Si usted me dijese –explicaba al editor– que un buen vino no necesita publicidad, le respondería quizá que yo no hablo de vino sino de mezcal y que, además de la publicidad, el mezcal necesita ser acompañado de sal y limón. El prólogo que le propongo, debería aportar un poco de limón y sal”.³

La lectura de esta carta revela que, si bien el autor de *Ultramarina* y *Lunar Caustic* era sin duda un narrador muy capaz, enfrentó muchas dificultades para escribir este alegato que es básicamente un ensayo crítico. Le costaba trabajo manejar conceptos, tendía a divagaciones y cláusulas muy largas y tramaba sus argumentos como si echara un fardo encima de otro, al grado de que hay momentos en los que parece que todo aquel cúmulo va a aplastar al lector. Con todo, el novelista logró defender sus puntos de vista y consiguió que Cape publicara sin cambios la novela en 1947.

Resulta una ironía que *Bajo el volcán*, pese a estar ambientada en México, haya sido traducida al francés antes que al español. Para edición francesa pasaron sólo dos años; para la mexicana, diecisiete. En 1964, Ediciones Era la incluyó en su colección de narrativa. Raúl Ortiz y Ortiz, el traductor, hizo un excelente trabajo.

Y si parece que pasaron muchos años entre la primera edición inglesa y la primera mexicana, tuvieron que transcurrir todavía otras dos décadas para que el cineasta norteamericano John Huston, director de la película de culto *El halcón maltés* (1941), lograra llevar a la pantalla la obra cumbre de Lowry filmándola precisamente en



Pase a la página 11



Cuernavaca y otros pueblos del estado de Morelos, donde el actor Albert Finney, abandonando la calva de su anterior papel (el papá millonario de *Anita la huerfanita* [John Huston, 1982]) y aferrándose a una botella de mezcal, personificaría dignamente a su compatriota Geoffrey Firmin, el ebrio Cónsul británico asesinado en Quauhnahuac el Día de los Muertos de 1938 y cuyo cadáver es echado en una barranca que ostenta ese letrero que se ha vuelto uno de los epitafios más citados de la literatura: “¿Le gusta este jardín que es suyo? ¡Evite que sus hijos lo destruyan!”

A modo de posdata, recordemos que Lowry, después de vivir en México, residió un tiempo en Dollarton, Canadá. Desde ese país, Donald Brittain y John Kramer viajaron a México para realizar un documental sobre su vida (*Volcano: An Inquiry into the Life and Death of Malcolm Lowry, 1976*)⁴ y buscaron los escenarios originales de la famosa novela comprobando, como muchos asombrados investigadores de la literatura y las artes plásticas, que lo que creían producto de la desbocada imaginación del artista era sólo el fiel reflejo de la más humilde realidad. Ya lo decía el padre Mier al comienzo de sus *Memorias*: “Aunque... he adquirido el talento de pintar monstruos, el discurso hará ver que no hago aquí sino copiar los originales”.⁵

Larga muerte al Cónsul cuyo cadáver, sin necesidad de transportarse por expreso, cumplió ya 75 años.

NOTAS

¹ Malcolm Lowry, *El volcán, el mezcal, los comisarios*, traducción de Sergio Pitol. Universidad Veracruzana, Xalapa, 2008, (Sergio Pitol traductor 10), p. 17-62.

² Malcolm Lowry, “El último trago”, sin crédito del traductor. Revista *Nexos*, 1º de mayo de 1988. www.nexos.com.mx

³ *Idem*.

⁴ Véase la página www.nfb.ca/film/volcano.

⁵ Fray Servando Teresa de Mier, *Memorias*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Editorial Porrúa, segunda edición, México, 1971 (Colección de Escritores Mexicanos 37), tomo I, p. 4.

HASTA AQUÍ LLEGÓ EL OTRO (¿Y USTED?)

En el periódico El Coahuilense, del 18 de mayo de 1869, aparece una modesta sección titulada “Noticias curiosas”: simpáticas reflexiones que, seguramente, sirviendo de eco a la vox populi espiga, para solaz de lectores y de lectoras, el redactor José Muñoz. Sorprende y regocija constatar lo poco que han envejecido tales apuntes, sobre todo cuando habla de deudores, de poetas y, por supuesto, de la suegra.

Lo que lamento es la parquedad de tan sabias y picantes reflexiones: mueve, inevitablemente, el prurito de continuarlas.

Noticias curiosas

Las camisas no empezaron a usarse hasta que las hubo: antes de eso nadie se ofendía porque le llamasen descamisado, y nadie renegaba de las lavanderas por sobra o falta de almidón en las tirillas. Todos los historiadores convienen en que Adán no usó camisa, costumbre que han heredado de él aquellos que juegan y trabajan a cierto sueldo.

Las lavanderas son contemporáneas del “ganarás el pan con el sudor de tu frente” porque, además de eso, dijo el Señor: “y tendrás que habértela con esa canalla”, aludiendo a las lavanderas.

El hambre tuvo su origen en la gana de comer: el primero que la sintió fue el primer poeta que hubo en el mundo y, desde entonces, está vinculada a la familia. De manera que, cuando oiga decir a alguno: “¡tengo hambre!”, pensad en seguida: “éste hace versos”.

Los deudores datan del tiempo de los acreedores, especie de ogros que no pudo extinguir el diluvio y que han venido procreando bárbaramente hasta nuestros días. Obsérvese, en acto de rareza, que no hay acreedor tirano al más amigo de deshonorar al deudor que aquel que reúne sangre de ambas razas: un monstruo híbrido equivalente al refrán no hay peor cuña...

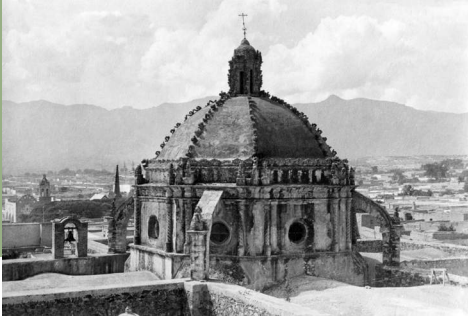
Los vidrios de aumento fueron inventados por un avaro para hacerse la ilusión de que las medias onzas eran onzas enteras.

La suegra es una de las consecuencias del pecado original, como lo son el hambre, la sed, etcétera, pero mucho más deplorable que todas las otras. Contra el hambre y la sed hay agua y comida: contra la suegra no hay más remedio que una buena conformidad o la infalibilidad de la medicina. Tratándose de la suegra, los médicos deben ser considerados hombres eminentemente humanitarios.

El rábano es tan viejo como la manzana, y tan durable que ya se cosechaba en el Paraíso. Prueba de ello: que cuando Adán cayó en el lazo de la serpiente cometió la insigne torpeza de tomar el rábano por las hojas.

Nuestro decimonónico precursor se quedó en el rábano. Si viviera actualmente no se quejaría de las lavanderas, sino de las lavadoras o de las lavanderías. Usted, estimado lector, ¿con qué tópico seguiría? / *Jesús de León*

EL ESPACIO LOCAL VUELTO UNIVERSO



Uno de los prejuicios más difíciles de combatir es el prejuicio contra lo local. Es difícil apreciar lo que tenemos porque lo vemos todos los días, al grado de que se nos vuelve invisible y necesitamos otros ojos para volverlo a apreciar. Esto implica un problema. Verlo de otra manera, reflexionar sobre ello, analizarlo, escribir en suma algo que rescate esa riqueza olvidada y relegada. Quién se atreve a hacerlo. ¿Qué saltillense escribiría sobre otro habitante de la ciudad de un modo que resultara convincente para el resto de sus conciudadanos y para el público en general? ¿O acaso estamos condenados a que sean los fuereños o los extranjeros los que dirijan nuestra mirada hacia donde ellos ponen los ojos, cuando podríamos simplemente recurrir a la fidelidad de nuestro espejo diario?



Estas divagaciones, que en el fondo no son tales, tienen que ver con alguien que captó paisajes, edificios y calles de nuestra ciudad. ¿Quién no ha oído hablar en Saltillo de Alejandro Víctor Carmona Flores (1890-1958)? ¿Qué saltillense no ha visto, aunque sea sólo una vez, la serie completa de *Saltillo en el bolsillo* o *Saltillo antiguo*, dos álbumes de este fotógrafo? Su legado nos obliga a contemplar, a observar.

Carmona hizo algo que muchos fotógrafos profesionales antiguos y modernos no practican. Logró sacar al tiempo de sus imágenes. El tiempo como transcurso, no como época, porque si algo queda plenamente establecido en las fotos de Carmona es la época en que fueron tomadas: de los años veinte a los años cincuenta. Incluso en este aspecto hay que observar que a Carmona le tocó vivir en un Saltillo que, desde el punto de vista arquitectónico, había adquirido los rasgos de una personalidad propia. Es un lapso (1918-1958) que va de la toma del poder del gobernador Gustavo Espinoza Mireles hasta poco después del suicidio del gobernador Ignacio Cepeda Dávila.

Carmona murió en 1958. La fecha resulta significativa porque marca también el fin de una estampa arquitectónica que Saltillo había mantenido aproximadamente por 200 años. / *Jesús de León Montalvo*

